

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES É INDUSTRIA.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA, 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS, 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el EXTRANJERO, 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres Cabrera.—Se suscribe en Córdoba, casa del director económico, Sr. D. Rafael Bastida, Plazuela de San Juan, número 22.—Fuera, en las principales librerías.

ADVERTENCIA



Causas ajenas á nuestra voluntad nos obligan á retirar á última hora nuestro artículo de fondo.

¡POBRE MADRE!

(BALADA.)

I.

Aun es de noche.

La campana de la aldea agita su lengua de bronce, dando al viento sus melancólicos sonidos.

Es la señal del alba.

Al toque de diana y á la tibia luz del matutino crepúsculo se vá reuniendo lentamente una partida de soldados en las calles de la aldea. Al verlos se comprende fácilmente que se disponen á marchar.

Entre ellos distingue un jóven alto, bien formado, de tez morena y de semblante espresivo cuya penetrante mirada se fija con tristeza en una mujer todavía jóven, de cuyos bellos ojos se desprenden amargas lágrimas.

Esta mujer es su madre. Va á verlo quizás por la última vez y no quiere separarse de él sin darle ese último ¡adios! cuyo recuerdo, es el único consuelo que á la infeliz le resta en su triste soledad.

II.

¡Pobre madre! ¡Cuán dichosa se contemplaba, cuando en una de esas tranquilas mañanas de la riente primavera, llenas de encanto y de poesia, veia jugar al tierno niño en el prado y correr tras las pintadas mariposas!

Magdalena habia perdido un esposo tierno que la adoraba, pero en medio de su desgracia se juzgaba feliz, porque el cielo le habia concedido un hijo.

El bello rostro del niño le hacia recordar al hombre que tanto amó y sus inocentes caricias, eran para ella un bálsamo reparador, que cicatrizaba las heridas de su corazon angustiado.

Como la mística flor que revive y abre sus pétalos al matinal rocío, así su decaído espíritu, revivia y se entregaba á la dulce esperanza de un porvenir tranquilo.

¡Desgraciada! Aun le restaba que apurar hasta las heces, la amarga copa del dolor....

Una mañana llegó á la aldea un pequeño destacamento de tropa, que venia á reclutar soldados.

Al verlo palideció su rostro; sus pier-

nas temblorosas no pudieron sostenerla, y calló de rodillas ante una imágen de la Virgen...

Su hijo habia cumplido ya diez y ocho años y el corazon le anunciaba que iba á quedarse sin él.

¡Infeliz! ¡Cuán pronto vió realizados sus tristes presentimientos!

III.

—¡Hijo mio, volverás?...

Tu madre agoviada por el dolor de tu ausencia, aún tendrá valor para esperarte... Pasaré las noches rezando ante la imágen de la Virgen... Nunca, hijo mio, se apartará de mi tu memoria, y el cielo me prestará valor para esperar tu vuelta...

Si: porque yo necesito que tu vivas para volverte á ver, para aspirar á tu lado como en otro tiempo las perfumadas brisas de la primavera, para que un dia seas el consuelo de mi vejez; para que pueda ecsalar en tus brazos mi último suspiro...

—¡Consolaos madre mia!

—¡Ah! Si no volviese á verte... si sucumbo al dolor de tu ausencia y tú aun vives, acuérdate, hijo mio, de depositar siquiera una pobre flor sobre mi tumba solitaria.

—Desechad ¡oh madre! tan lúgubres pensamientos.

—Hijo mio, ¡adios!

—¡Adios, madre mia!...

Y este triste ¡adios! mezclado á los sollozos de la madre, se confundió con el estruendo de los tambores, y con el de los pasos de la tropa que se alejaba.

IV.

Es ya de dia.

Hace ya mas de una hora que los soldados han desaparecido, y todavia la triste madre tiene fijos sus ojos en el camino.

El sol se eleva majestuoso en el limpido azul del firmamento, dando vida al campo con sus dorados rayos; pero ese sol luciente que alegra el corazon de los mortales, aparece á los ojos de la madre afligida, semejante á una antorcha funeraria.

Vedla vagar errante por la solitaria floresta...

Detiènese á orillas del cristalino arroyo, que parece murmurar amores; pe-

ro el blando rumor de sus aguas, no acaricia ya sus ensueños de ventura.

Con tardo paso, triste y macilenta, recorre la pradera por mil flores esmaltadas; pero aquellas hermosas flores, no tienen ya para ella ni color ni vida.

¡Pobre madre!

Su frente se inclina como la débil rama del sauce, y lágrimas del corazón se desprenden de sus ojos...

De pronto se detiene... sus fuerzas le faltan, y cae de rodillas exclamando:

—¡Hijo mio!... ¿volveré á verte?

V.

Está anocheciendo.

Es esa hora misteriosa en que el último suspiro de la tarde, se confunde con las vagarosas sombras de la noche.

La argentada luna se eleva en el azulado cenit, rielando tímida en el apacible lago, y sus tibios resplandores difunden una suave claridad por la llanura.

La fresca brisa del abril florido, impregnada de mil olores suaves, viene á acariciar blandamente el rostro del labriego, que abandona sus aperos para retirarse á su tranquilo hogar.

Por la estrecha senda que conduce á la hermita de la aldea se vé caminar con paso tardo á una mujer que se dirige al santuario.

Es Magdalena la madre de Pablo el recluta.

Hace cinco años que su hijo falta de su lado, y ni una sola noche ha dejado de ir á rezar por él, ante la sacrosanta imagen de la virgen y á pedir por su vida.

¡Desgraciada madre!

Su terso rostro que al blanco mármol igualaba, hoy se vé surcado de arrugas, signo evidente de una prematura vejez.

Su larga cabellera mas negra y brillante que el lúciente ébano, ha encanecido ya; y su viva y penetrante mirada tornóse triste é indecisa...

Ni una lágrima surca ya por sus mejillas que el dolor marchitó.

Contempladla un momento.

Ha entrado ya en el santuario, y puesta de hinojos se la vé con la frente inclinada hácia el suelo.

Una lámpara pequeña pendiente de la bóveda, difunde una débil claridad por el templo y á su oscilante luz, descúbrese apenas á la infeliz viuda.

Está sola: reza fervorosamente y en me-

dio de sus oraciones se la oye murmurar en voz baja el nombre de su hijo.

De pronto levanta su frente abatida por el dolor y ponese á escuchar un canto lejano que apenas se percibe.

Es Antonio el inseparable compañero de Pablo, que vuelve licenciado del ejército y que viene entonando esta estrofa de un aire popular.

«Decidme, auras fugaces,
decidme por piedad,
si en la ausencia me ha sido.
mi amada desleal.

Empero, ella ha reconocido su voz y ligera como el viento, sale al camino á encontrar al amigo de su hijo.

Fatigada, jadeante, llega hasta él y le pregunta:

¿Mi hijo vive?

Pero el buen Antonio fija en ella sus ojos compasivos y por toda respuesta le señala al cielo.

—¡Muerto!... grita entonces en el paracismo de su dolor.

Y dando luego una carcajada horrible, estridente, se lanza corriendo en dirección de la aldea.

La infeliz estaba loca.

VI.

Desde aquella funesta noche la desgraciada Magdalena vaga silenciosa por los prados que vieron nacer á su hijo querido. Hay ocasiones en que se detiene ante algún árbol, ante alguna fuente cristalina que encierra recuerdos para su corazón doliente, y dice con marcado acento.

¡El volverá!

A veces pasa días enteros sentada á orillas del arroyo, contemplando el curso tranquilo de sus lípidas aguas. Allí fija frecuentemente su vista en el cielo, recuerda tal vez su pasado y una lágrima entonces se desprende de sus ojos.

¡Pobre madre!

Esta sola lágrima encierra la triste historia de su vida; el poema de sus dolores.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla.



LA RESIGNACION.

Es grato contemplar la esplendorosa
Luz que derrama el sol en occidente,
Y grato respirar el manso ambiente
De la apacible tarde silenciosa.

Grato es al alma que feliz olvida
La amarga realidad de la existencia,
Del Eterno admirar la omnipotencia
Y bendecir sus obras sin medida.

Esos que el astro moribundo envia
Templados rayos de dorada lumbre,
Esa grandiosa y elevada cumbre
Dónde se vuelve la mirada mia,

Esas brillantes nubes de topacio
Que lucen estendidas en la esfera
Con esmalte divino, esa ligera
Ave que cruza el anchuroso espacio;

Del manso rio que á mis pies ondea
El apacible y lánguido murmullo,
Ese risueño y armonioso arrullo
Del álamo que el céfiro cimbreá;

El aire leve que anhelante aspiro
De rosas y azahares perfumado
Y ese que el corazon enagenado
Exala á su pesar mudo suspiro;

Alivio dulce y celestial ofrecen
Al alma inquieta si angustiada gime,
Y el dolor se disipa que la oprime
Y bellos pensamientos la adormecen.

¡Ah! si el que sufre mísero no alcanza
En el mundo infeliz algun consuelo,
En grata soledad puede en el cielo
La estrella contemplar de la esperanza.

Esperanza divina, lumbre pura,
Por tí el olvido nuestras penas lleva,
Por tí dichoso el corazon se eleva
A la morada de eternal ventura.

Tú das resignacion... ¡Feliz, Dios santo,
Quien resignado sus pesares mira,
Y elevándose á ti cuando suspira
Enjuga en alas de la fé su llanto!

Resignacion, tu antorcha resplandece,
Y plácida renace la alegría,
Veloz se ahuyenta la inquietud impia
Y todo encanto celestial ofrece.

A tu poder de las lozanas flores
Son mas puros los álitos suaves,
Mas sonoros los cantos de las aves,
Mas brillante del sol los resplandores.

¡Resignacion, emanacion divina
De las leyes del Dios omnipotente,
Santo consuelo, antorcha refulgente,
Dichoso aquel que á tu esplendor camina!

¡Feliz el que del mundo la grandeza
Y falsas glorias con desprecio mira
Y la creacion entusiasmado admira
Mágica fuente de inmortal belleza!

¡Campos risueños, deliciosa calma,
Ultimo rayo de la luz del dia,
Vosotros la tenaz melancolia
Podeis tan solo mitigar del alma!

Si, que aqui vuelve con celeste anhelo
A la mansion etérea su mirada,
Fiel repitiendo: «aquella es la morada
Adonde libre tenderé mi vuelo.»

Miseras son las dichas de la tierra,
Allí es tan solo donde el bien se alcanza...
¿Quién al brillo de célica esperanza
La esperanza mundana no destierra?

ANTONIA DIAZ FERNANDEZ.

Sevilla.

ELOCUENCIA

ANTIGUA Y MODERNA.

La elocuencia, esa facultad brillante que convence la razon y cautiva la voluntad, ha existido siempre; porque siempre los hombres han tenido pasiones y han sido animados por el calor del sentimiento, que es su verdadero origen. Antes de que las tribus diseminadas por la superficie de la tierra llegaran á juntarse constituyendo nacionalidades, se habian pronunciado arengas llenas de fuego y energia. Pero estas arengas aunque muy fogosas como debieron ser en los primitivos tiempos, cuando los ánimos no se hallaban aun enervados por la frialdad que una refinada cultura lleva consigo, no podrian presentarse como unos modelos, porque carecerian de aquella regularidad y orden que se advierten en las obras maestras. De los primeros imperios que se fundaron, sabemos que vivían bajo las duras leyes de un gobierno despótico; y con el despotismo enmudece la elocuencia. Por tanto, esta no se cultivó hasta que los pequeños estados de la Grecia se constituyeron en república, donde todas las grandes cuestiones, todos los negocios de interés comun, se decidían en una junta

compuesta por el pueblo, donde cada cual emitía libremente su parecer; pues así estaba dispuesto por la leyes. En un principio las cuestiones se proponían sencillamente, sin estudio y desnudas de todo ornato. Pero bien pronto se conoció el poder que la elocuencia presta á toda proposición: mucho más cuando há de decidir sobre ella un auditorio numeroso, ignorante y apasionado. Todo aquel que había de hablar en público, se dedicaba á la oratoria, asistiendo á las escuelas que yá por entonces se abrían en Atenas y que más tarde se hicieron tan célebres. La elocuencia era estudiada con ardor como el medio más poderoso para conseguir poder y honores; pero muchas veces conducía al destierro y á la muerte misma.

Entre los primeros oradores brillan Pisistrato, que con su astucia se apoderó del mando: Clistenes, que reformó las leyes establecidas por Solon, y Temistocles, orador tan elocuente, como profundo político. A este se debió la victoria de Salamina por su acertado consejo, á este veneraba el pueblo ateniense hasta el punto de levantarse todos y descubrirse con respeto cuando entraba en el teatro. Pero al fin, condenado al destierro, murió lejos de su patria y entre los mismos persas, á quienes tantas veces había vencido. Aparece Pericles, el partidario del pueblo, y con él adelanta un gran paso el arte de la persuasión. Su manera variada en extremo, ya enérgica, impetuosa y vehemente, ya fácil, graciosa y delicada le dió tal poder, que por espacio de muchos años ejerció un imperio absoluto á pesar de la obstinación de sus enemigos y del carácter caprichoso y voluble de los atenienses. Conocía muy bien el espíritu de que ellos se hallaban animados, y los nombres de patria, libertad é independencia eran tan poderosos en sus labios, que la Grecia entera se levantaba como un solo hombre para ofrecer sus riquezas al tesoro público, y sus hijos para engrosar las filas del ejército. Cleon, Alcibiades, Terámenes y Cricias, son también de esta época. Pero cuando después de la guerra del Peloponeso aparecieron los sofistas, la elocuencia decayó de la altura y esplendor á que antes había llegado. Ellos, dando reglas para todo, esclavizaron el entendimiento, abusaron lastimosamente de la razón y corrompieron el gusto. De Górgias, el más famoso de ellos, sabemos que usaba un estilo amanerado y sutil en demasía, y poco

conforme con los inalterables preceptos que dicta la naturaleza. Sócrates desterró de la oratoria aquel inútil adorno y aquella estudiada sutileza que caracterizan á los sofistas y la revistió con la sencillez hermosa de la verdad y la fuerza irresistible de la razón. Siguen Lisias, á quien llama Cicerón delicado y elegante, el sentencioso Isócrates y su amigo Iseo. Este se dedicó exclusivamente á la oratoria judicial; y más que por sus discursos es conocido por haber estudiado en su escuela el gran Demóstenes. En este hombre extraordinario, se reunieron muchas de las brillantes prendas con que se habían distinguido los otros oradores; por lo que consideraremos su elocuencia como la expresión unánime de la elocuencia griega.

Demóstenes es nervioso y conciso en el estilo, profundo en los pensamientos, apasionado y vehemente en la recitación, y más feliz que nadie para comunicar á su auditorio todas las pasiones que agitaban su espíritu. Tan pronto escita el odio y el desprecio para con los traidores, como gratitud y veneración hacia los ilustres héroes que murieron peleando en defensa de la patria. Ya aterra á sus adversarios con sus admirables rasgos oratorios y hace que contra ellos se dirija la indignación de los atenienses, yá entusiasmando al pueblo, lo lanza contra el rey de Macedonia, enemigo entonces de la Grecia. Jamás Filipo tuvo rival tan formidable como Demóstenes, por lo que solía decir que más le temía en la tribuna, que á un ejército formado en batalla. En efecto, este orador tan elocuente era demócrata por convicción y amante de las glorias de su país: y como decidía la mayor parte de las cuestiones que se agitaban por aquel tiempo, era muy peligrosa la oposición de semejante hombre para quien aspiraba á subyugar la Grecia. Pero si por otra parte fijamos nuestra atención en los obstáculos que tuvo que vencer para brillar un día entre los demás oradores, nos admiraremos de su constancia en el estudio y de la fuerza de voluntad que en tan alto grado poseía. Enfermo, tardío en la pronunciación y de una presencia poco favorable, pudo ayudado del estudio y de su gran talento, decidir los negocios más árduos, confundir á sus adversarios con la admirable fuerza de sus razones, y obtener la palma de la victoria en los debates públicos. Su elocuencia ha sido comparada con justicia á un torrente impetuo-

so que arrebató cuanto encuentra en su veloz carrera. Hoy, después de tantos siglos, no podemos leer sus discursos sin sentir hondas conmociones.

En Roma no encontramos vestigio alguno de elocuencia hasta que reemplazada la autoridad real por los cónsules y el senado, el poder de la palabra fué un móvil poderoso para subir á los primeros puestos de la república. En un principio la oratoria política de este país fué grave y templada; porque el orador se dirigía tan solo á los hombres más ilustrados, cuales eran los patricios; pero cuando poco después se crearon los tribunos del pueblo, tuvo que seguir dos senderos muy distintos: en el senado se distinguió por su gravedad, aun que admitió más adelante mucho calor y movimiento: en las juntas populares fué enérgico, libre, vehemente. Ciceron, en su libro de los claros oradores, nos ha transmitido una historia crítica de la elocuencia romana. Por ella conocemos muchos nombres que de otra suerte no hubieran llegado hasta nosotros. Entre los primeros oradores nos habla de Caton el censor y los Gracos. Elogia la fuerza y vigor de aquel, y la precision y verdad del lenguaje de estos, especialmente del menor. De los dos hermanos ninguno pudo perfeccionarse en la oratoria porque ambos murieron asesinados por los enemigos que les suscitara su adhesión sin límites por los intereses del pueblo. Pero la historia de la elocuencia romana, menos fecunda que la de la Grecia, no nos presenta antes de Ciceron orador alguno digno de estudio, si exceptuamos á Craso, por la pureza de su estilo: á Antonio, por su elegancia y energía: á Caton de Utica, á Julio César y Hortensio con algunos otros menos célebres. Hortensio es nombrado por su manera elegante y florida, y por haber sido émulo de Ciceron, como Esquines lo fué de Demóstenes; pero sin encono, sin dirigirse las expresiones insultantes que los oradores griegos; pues no lo permitía la diferencia de civilización, ni la amistad que se profesaban. Hortensio fué vencido en la causa del procónsul Verres, como Esquines en el célebre proceso de *la Corona*. El más grande orador que floreció en Roma, es sin duda alguna Ciceron, que logró reunir todas las buenas cualidades de sus antecesores con la elegancia y cultura que le distinguen. Si anteriormente consideramos á Demóstenes como la expresión unánime de la elocuencia griega, del mismo modo conside-

raremos ahora á Ciceron respecto de la romana; pues ambos oradores son los más ilustres que pueden presentarnos una y otra república.

Instruido Ciceron en la literatura griega, en la filosofía y en todas las otras ciencias, que según él mismo afirma son necesarias para que un orador pueda distinguirse entre los demás, se presentó en el *forum* no para ejercitarse en el arte oratorio, sino para brillar con la elocuencia que la naturaleza y el estudio le habían dado, y para conseguir el triunfo de la razón y la justicia. Y no podía menos de alcanzarlo. Profundo en los pensamientos, fluido en la dicción y muy armonioso en el corte y estructura de los periodos, sabe comunicar á todas sus razones un interés y una fuerza tales, que arrastra la voluntad de una manera invencible. Tiene mucho tacto para usar del tono que á cada asunto corresponde; así es que tan pronto le vemos en su elegante oración *pro Ligario* atraerse el afecto de César y herir al acusador con sus propias armas, como explicarse en un lenguaje descriptivo y patético al recordar los robos, torpezas y crueldades del próconsul Verres. También las filípicas pronunciadas contra Antonio, que pretendía apoderarse del mando, están llenas de fuego; mas ellas le acarrearón la muerte que sufrió con singular firmeza. Murió, pero sus obras pasando al través de las generaciones, son admiradas por todos los pueblos cultos que en ellas ven grabado el sello de la inmortalidad.

Sucumbe el imperio romano bajo la espantosa invasión de las tribus bárbaras del norte, y las letras, las artes, y las ciencias desaparecen, retrocediendo la Europa del alto grado de cultura en que se hallaba, á la ruda ignorancia de los primitivos tiempos. Entonces á no ser por el cristianismo, la literatura antigua hubiera muerto y desaparecido completamente para nosotros. Las pocas personas que huyendo de la guerra, único ejercicio considerado entonces como noble y honroso, buscaban la soledad y el retiro, se dirigían á los monasterios, santuarios donde se conservaban y estudiaban únicamente los preciosos tesoros de las literaturas griegas y latina. Pero descubiertos estos tesoros, lanzada ya por la moderna Italia la primera luz de la regeneración intelectual, aparecen hombres inspirados, que aprovechándose de esta circunstancia producen obras admirables en todos los ra-

mos del saber humano. Mas la elocuencia, reducida entonces al púlpito y al foro, no encontró donde brillar con todas sus galas, hasta que con la erección de Génova y Holanda en repúblicas, y de muchas monarquías de Europa en gobiernos representativos se abrió un vasto campo donde el saber y el talento pudieron alcanzar claros honores. A él se lanzaron muchos hombres ávidos de poder y gloria, y la Francia y la Inglaterra y otras naciones produjeron oradores, que si tal vez no alcanzaron en fuerza y vehemencia á los de las antiguas repúblicas, los superaron en la abundancia de principios y en la lógica solidéz de sus razones; por lo cual son igualmente dignos de aprecio. Hasta el presente siglo, la España no ha tenido ocasion de dar muestras de la feliz disposicion de sus hijos para este noble ramo de la literatura. Pero en el corto tiempo que llevamos de gobierno representativo, se han pronunciado desde nuestra tribuna discursos que, á lo menos, igualan á los mas selectos que pueden presentarnos las otras naciones.

(Se concluirá.)

AL OTOÑO.

ODA.

Ven, estacion de Otoño sosegada,
Ven que quiero aspirar tu dulce brisa,
Y en plácida sonrisa
Ver trocarse el dolor que me anonada.
¡Oh! ¡Cuantas veces del pasado Estio
En la tarde ardorosa,
Yo te aguardaba del tranquilo rio
En la risueña orilla!
Alli vagando el pensamiento mio
Ya fijaba mi vista en la barquilla
Do en grata paz el pescador vogaba,
O ya del sol al trasponer el monte
Los vividos fulgores contemplaba.
¡Cuantas veces la noche silenciosa
Soprendióme esperando tu venida;
Y cuantas veces la arboleda umbrosa
Triste vagar me viera,
La esperanza al huir desvanecida
Que de admirarte el alma concibiera!
Hora ya siento de placer henchido

En esta bella, deliciosa tarde.
De mi Otoño querido
El aura mensajera,
A cuyo impulso temeroso y leve
Van las hojas del álamo cayendo
Como los copos de la blanca nieve.
Ya perdido su ardor el rey del dia,
Velada por la bruma, al mar de Atlante
En su marcha incesante
Va descendiendo por el ancho espacio,
Y en fúlgidos colores
De brillante topacio,
De azul y oro, de carmin y gualda,
Tiñe las nubes que dejó á su espalda.
¡Cuán hermosa estacion! ¡Ay! yo la adoro
Como á Brama y á Siva el indio adora,
Que ella presta á mi pecho bienhechora
De ardiente inspiracion rico tesoro.
Ven, ven, plácido Otoño...En esta hora
De la tarde serena,
En que siento la brisa alhagadora
Que á anunciar tu llegada
A mí se acerca en ámbar bañada,
Alhagueña impresion, consoladora,
Conmueve el alma mia,
Y al influjo se entrega descuidada
De agradable y fugaz melancolia.
¡Oh cuán bellos se agolpan á mi mente
Gratos ensueños de ventura y gloria,
Que veloces huyeron, cual los años
De mi azarosa vida, y desengaños
Me dejaron tan solo por memoria!
Lejos crecí del mundanal ruido,
Pero el mundo placeres me brindaba.
Placeres ¡ay! que yo desconocia
Y al mar del mundo me lancé atrevido
Y canté su belleza, su armonia,
Canté mi amor y la muger que amaba
Y la gloria canté que ambicionaba,
Y fui feliz un dia...
Feliz, si; que los céfiros suaves,
El tranquilo arroyuelo,
El melodioso canto de las aves,
Todo gloria y amores respondia
A mi voz anhelante
Y hasta el limpido azul del claro cielo
Aun mas azul entonces y mas puro
Aparecia á mis ojos;
La plátada luna
Que trémula brillaba en la laguna,
Su tibia luz desde el lejano Oriente
Enviaba á mi frente,
Y el transparente rio
Con sus sonoras y apacibles ondas
Arrullaba á su paso el sueño mio.
Mas ¡Cuán breves pasaron los momentos
De ventura y placer! Como las hojas

Del ábrego impelidas
Huyeron de mi vista, y las mentidas
Palabras de amor puro y bienandanza,
En humo se tornaron, y con ellas
Mis ensueños de gloria y mi esperanza.

¡Ah! no volvais á mi agitada mente
De placeres falaces ilusiones!...
Huid, huid, que quiero dulcemente
De mas puras y gratas emociones
Gozar en mi retiro...

Y tú, apacible Otoño, cuyas auras,
Vagando van en incesante giro
De flor en flor por la risueña margen
Del Bétis caudaloso,

Acude á mis acentos presuroso
Y ven á dar á mi dolor consuelo.

¡Oh! si, ven, ven, no tardes, que si airado
Del crudo Invierno el aquilon furioso
Yerma dejase la campiña bella,
Sin árboles, sin vida,
Arrancándome al par mi dulce calma,
Siempre de tí, de mi estacion querida
Grato un recuerdo quedará en mi alma.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla.

VARIEDADES.

PEKÍN Y LOS CHINOS.

(Episodio de viage.)

I.

Si quereis, dije á mi adlátere, iremos, y ganaremos por tierra la gran ciudad de Tsang. Remontaremos el Yunho hasta Lin-Thsing donde desemboca el gran canal imperial y que por cierto tengo vivos deseos de ver...

A semejante proposicion Ning-Tan se asustó en términos que creí se ponía malo:

—¿Como se entiende, imprudentes, pretendéis verificar una excursion tan distante? ¿No recapacitais que si nos descubren somos perdidos?

—¿Pues?!

—¡Nada, no harian mas que estrangularnos.

—¡Bah! Estoy tan bien disfrazado que no hay cuidado que me reconozcan, me persuado que no correremos el me-

nor peligro, ¿y vos no sois por ventura un Mandarin?

—Puesto que os empeñais, repuso al pasar de mi mano á la suya cien monedas de plata que alentaron su valor, voy á ocuparme en procurar una carreta de mano, un carro y un palanquin.

—Poco me importa el vehículo.

Al siguiente dia de nuestra llegada á Seé-kóo, la primera aldea á la entrada de Pei-ho, Ning-Tan habia alquilado dos caballos, y un hombre, para la primera parte del viaje, y nos encaminábamos á través de las salinas hacia Tsang. Muy pronto entramos en campos de tabacos y maiz; y mas lejos penetramos en terrenos bajos y pantanosos, sembrados de inmensos arrozales cultivados con mucho esmero. Ning-Tan, me esplicó con sagacidad por qué tomabámos esas precauciones.

—Desde que época, le pregunté; se hace uso del tabaco en la China?

—¡Figuraos, me contestó; que ya fumaba Confució!

De modo que no hay duda: los chinos disfrutaron de los goces del fumar muchísimo antes que los pueblos de América.

La vegetacion bajo aquella latitud es proximamente igual á la de Europa. Las corrientes están pobladas en sus márgenes de copudos álamos y otros árboles, y los campos están plantados de muchos árboles frutales como el almendro, el manzano, los ciruelos, etc., en derredor de los cuales se encaraman las cepas de los viñedos.

—Pregunté á mi compañero por qué no fabricaban vinos.

—Antes que pensar en beber, es preciso pensar en comer. Dios ha colocado quiera el brebaje para el hombre. El espacio reservado al cultivo del arroz, de los cereales, y de los granos destinados á la manutencion del pueblo apenas basta. ¿Qué fuera de nosotros si se autorizase el cultivo de la viña?—Si al ópio se añadiese el vino, la mitad de la China estaria entregada durante el año entero á la embriaguéz, y la otra mitad pereceria de hambre.

En su categoria de mandarin, Ning-Tan, tenia opcion á la tradicional sombrilla, insignia sagrada ante la cual todos se prosternan respetuosamente. Los posteros rayos del sol poniente iban á desaparecer del horizonte, enmedio de nu-

bes rojizas, y rasgadas cual llamaradas, cuando llegamos á la entrada de una aldea en que debíamos pernoctar. Apenas acabábamos de entrar en la hospedería cuando un vocerío y un estrépito infernal de instrumentos nos llamó la atención: las gentes corrían y en un momento quedó la calle desierta como si huyesen de la peste.

—¿Qué le pasa á esas gentes para echar á correr de ese modo como si les acometiera el cólera?

—No tardarán en volver, van á asistir á una boda, es ceremonia que merece la pena de verse, ¿quereis venir?

—¿Cómo no?

Conforme avanzábamos por la calle, desembocaron por una callejuela vecina dos palanquines deslumbrantes de colores de rosa y púrpura, seguidos de numeroso séquito de parientes y amigos, de los cuales cada individuo llevaba en hombros, cabeza ó espaldas, ó en las manos, un objeto ó mueble cualquiera, como butacas, vasos, utensilios de cocina, y enseres de una casa; además cada cual llevaba colgando de la estremidad de un largo bambú una linterna de papel pintarrageada de chillones colores.

—Sigamos la turba, me dijo Ning-Tan, y hallaremos una buena cena, y vamos á ser, merced á mi sombrilla, los mas obsequiados á la mesa.

Ning-Tan gustaba de buenas comidas; era tan goloso como avaro, y no desperdiciaba la menor oportunidad de vivir á espensas de los demás.

Seguimos pues aquella turba multa que nos hizo lugar. La familia al notar el para-sol del mandarin se apresuró en invitarnos á asistir á la colacion de introduccion de los dioses láres en la morada de los esposos.

—¿Qué decis de esto, amigo mio? me dijo por lo bajo el mandarin. ¿Este para-sol os depararía nunca en vuestra tierra estas acogidas?

—Por el contrario, estoy seguro que si nos presentásemos con semejantes casquetes y paraguas nos creerian escapados de alguna casa de orates y pronto nos encerrarían bajo llave.

—¿Cómo, tan poco respeto tienen por los letrados?

—En Europa los literatos por lo regular viven en guardillas cuando no mueren en el hospital.

—Luego segun eso vivis por allá co-

mo salvajes, cuando no acatais en lo mas mínimo la autoridad de las letras?

—Entendámonos amigo Ning-Tan, la autoridad entre nosotros no necesita ser letrada; por el contrario, á veces es lega del todo, y creo que generalmente cuanto mas ilustrado es un hombre, tanto menos acreedor suele ser á la consideracion de sus prójimos.

—Pero es que me llenais de confusion, porque al fin y al cabo, ¿para administrar la justicia es indispensable al menos conocer las leyes?

—Hay colegios donde solo enseñan eso, es verdad, pero donde los alumnos por lo regular, únicamente aprenden paradojas.

—¿Qué entendeis por paradojas?

—Es un modo de argüir para probaros que lo blanco es negro.

—Ahora os entiendo menos. Lo que llamais ley en resúmen, fija ó debe fijar el número de varazos á distribuir segun la naturaleza y gravedad del delito.

—En mi pais, señor literato, la vara no se usa mas que para castigar á los perros.

—A esta réplica que desbarataba todo el sistema jurídico de Ning-Tan, se hizo servir una taza de thé por un vendedor ambulante; sentia la necesidad de dar un nuevo giro á sus ideas

II.

Continuaron andando hasta llegar delante de cierta casa de bella apariencia encerrada dentro del recinto de una elevada tapia. Penetraron dentro del patio principal donde depositaron todos sus muebles y utensilios. Los dos palanquines se detuvieron delante de la puerta; un jóven se apeó del primero, del segundo una jóven cubierta con un velo; eran los esposos. Las colgaduras de seda de vivos y variados colores que ocultaban la entrada se descorrieron y dejaron á descubierto en el interior del aposento como unas veinte mesitas de laca suntuosamente cubiertas de manjares, á las cuales fueron los circunstantes invitados á tomar asiento. Los jóvenes recién desposados se sentaron solos á una mesa en otro cuarto contiguo. Se bebió vino dulce y caliente; se comió arroz, anade, etc., etc., aderezados de diez modos distintos. Se emborracharon, armaron batahola, fumaron ópio y dos horas despues todo el mundo estaba sumido en la embriaguez. Unos hablando y gesticulando, otros tenían al parecer el ópio sensible y lloraban; en una palabra, tenía ante mis ojos el espec-

táculo faccioso de una de las orgias chinasas mas grotescas que puede nadie imaginarse. Mi amigo Ning-Tán lloraba á mo... tendido, su seso estaba trastornado á no dudar, perdía la chabeta, me titulaba su hijo, y me decía muy quedo al oído que quería derrocar al supremo jefe del Celeste-Imperio.

Era ya casi de día cuando regresamos á la posada, y una hora mas tarde, nos poníamos nuevamente en marcha. Los vapores que nos ocultaban el horizonte fueron disipándose poco á poco y pudimos al fin divisar el país, con sus sembrados de maiz, de sorgo, y sus numerosas moreras, y canales de regadio; todo ello formando un conjunto en extremo pintoresco. Las casas diseminadas por la campiña rodeadas de árboles de esencias resinosas parecían hallarse desiertas, y deberian estarlo, por cuanto que hombres, mujeres y niños, trabajaban en las labores del campo. Aproximábase la hora de comer y Ning-Tan no era hombre para diferir un negocio de tanta importancia. Con sus ojos de lince atisbó la morada de un labrador como á un cuarto de hora de camino: allí fué donde dirigió sus pasos, diciéndome que esperaba que seríamos bien recibidos.

—Yo tambien, pero noto que olvidais el abrir vuestro paraguas.

—Si se me figuraba que me seguian mis criados.

—El ópio os ha hecho olvidar que los dejásteis en Pekin.

Cuando llegamos á la especie de granja, empezaba el crepúsculo vespertino. En vista de los emblemas de autoridad y respeto de que iba revestido mi compañero, acudió el labrador seguido de media docena de perros, y se prosternó nueve veces por lo menos tocando con las palmas de la mano en el suelo.

—Venimos, le dijo Ning-Tan, á pedirte de cenar, y descansar en tu casa por esta noche.

—Mi puerta, dijo el huésped, está siempre abierta para un mandarin.

—¿Tienes qué darnos de cenar?

—Tengo crysálidas de gusanos de seda muy sabrosas, de las que os aderezaré un excelente plato, hay huevos, y no faltará algun filete de perro por ahí.

III.

El labrador nos sirvió una opipara cena chinesca, compuesta de castañas, capullos de gusanos de seda, y dos filetes

de perro pacho de un gusto agradable, y que no desmerecia por cierto de la carne de carnero.

Ning-Tan desde ahí juzgó conveniente despedir ya el hombre y los caballos alquilados en Sée-kóo, para continuar viajando por los medios puestos en uso en aquella comarca. El labrador puso al siguiente día á nuestra disposicion, bueyes de corta talla, montamos y partimos en esas singulares monturas, molestas aunque no tanto como los camellos.

A este paso, dígele á Ning-Tan, nunca acabaremos de llegar á Tcheang.

—¿Lo creéis así: teneis firmeza?

—Sí.

—Pues bien cojeos de la cola del buey á guisa de brida.

—¿Os burlais de mi, ilustre letrado?

—Para que veais que no me chanceo: ¿Qué quereis: trote ó galope?

—Galope.

—Pues entonces no hay mas que retorcerle vigorosamente el rabo, así.

Entonces imitando su ejemplo empecé á retorcer con todas mis fuerzas ese apéndice y mi montura empezó á galopar como acometido de un vértigo.

Ya veis que no se necesitan ni látigo, ni espuelas.

A la caída de la tarde llegamos por fin á Tcheang, término por entonces de nuestro viaje.

(Estraelado del Monde Illustré)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

EL DESPERTAR DE LAS AVES.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

No podemos resistir al deseo de publicar aquí esta descripción tan llena de frescura y colorido, que muchos de nuestros lectores se sentirán dispuestos á compararla á una bella página del dulce y armonioso Bernardino de Saint Pierre. Está sacada del hermoso libro de nuestro gran historiador poeta Michelet, que lleva por título *Las Aves*, habiéndola el mismo tomado de uno de nuestros mas ilustrados ornitólogos modernos, Tschudy. Si el uno sabe unir á las graves enseñanzas de la his-

toria, el mas florido estilo, el otro, en el ramo de historia natural á que se ha consagrado, parece haber heredado la admirable paleta de Buffon y de Audubon.

«Antes que las tintas vermejas del rocío matinal hayan anunciado la aprocsimacion del sol, y á veces, aun antes que la mas ligera claridad haya señalado el alba en el oriente, cuando irradian las estrellas en el oscuro azul del cielo, suena sobre la copa de un viejo abeto cierto ruido sordo, bien pronto seguido de un chirriadero cada vez mas acentuado, despues las notas se elevan y una interminable série de sonidos agudos puebla el aire por todas partes, cual si fuese un repiqueteo de planchas metálicas continuamente chocadas unas contra otras. El gallo de los bosques salta sobre su rama, mientras por bajo de él reposan tranquilamente sus polluelos contemplando tan loca alegría, pero no permanece mucho tiempo solo para caminar la floresta. El mirlo se levanta á su turno, sacudiendo el rocío de sus brillantes plumas: aguzando su pico en la rama, vuela de una en otra hasta la copa del arce en que ha dormido, y admirado de ver que casi todo duerme aun en la selva, envia repetidamente su canto á los ecos de la montaña y del valle, que una espesa niebla le oculta todavia.

Ligeras columnas de humo blanquecino se escapan del techo de las cabañas; los perros ladran alrededor de las granjas, y óyese el ruido de las campanillas suspendidas al cuello de las vacas. Los pájaros dejan entonces los zarzales agitando sus alas, y se lanzan á los aires, para saludar al sol que viene á darles su benéfica luz. Mas de una pobre y pequeña curruca se regocija por haberse salvado de los peligros de aquella noche. Posada sobre una débil rama, habia creído poder dormir sin temor, con la cabeza escondida bajo sus plumas cuando á la luz de una

estrella ha visto deslizarse en los árboles al mochuelo, silencioso, meditando alguna maldad. La fuina habia venido al fondo del valle, el armiño, descendió de las rocas, la maritre de los abetos abandonó su nido, y el zorro vagaba entre la maleza. La pobre, vió todos estos enemigos durante esta terrible noche en que le amenazaba la destruccion, sobre su árbol, en la tierra, en el aire y por todas partes. Qué largas le habian parecido las horas, no atreviéndose á moverse, y sin tener mas proteccion que las tiernas hojas que la ocultaban! Pero ahora, cuán grato le es levantar el vuelo y vivir con seguridad protegida por la luz!...

El pinzon arroja en toda su extension su nota clara y sonora: el pitirojo canta en lo alto del alerce, el gilguero en los alisos, el verdoron y el bubrelo bajo las enramadas. En fin el abejaruco, el reyezuelo y la troglodita confunden sus voces, la paloma torcaz arrulla, y el pico hiere su árbol. Mas, por encima de todos estos alegres gritos, resuena el canto melodioso de la calandria de los bosques, y el inimitable del zorzal.

CONCEPCION Y JOSEFA CONTRERAS.

Madrid 8 de Junio.

EL REY DE GUADIX.

Leyenda histórica.



(CONTINUACION.)

IX.

VENGANZA Y PERDON.

MULEY. — *No temas; porque yo creo
Que tendrá remedio todo.*

ISABELA. — *Remedio ninguno veo*

MULEY. — *Yo si, que tu bien deseo:
oye*

ISABELA — *Dime de que modo.*

Comedia antigua

Profundo silencio cual calma de muerte reinaba en el centro de aquella prision, despues que postrada la jóven inerte

al pié del guerrero pidiera perdon.
La lámpara apenas su luz esparcía;
el viento de lejos sentiase bramar,
formando gemidos de incierta armonía
tal vez como el ronco mugido del mar.

Abortos siniestros y horribles visiones
vestigios del miedo, nacian por doquier,
vertiendo el veneno de odiosas pasiones,
acaso buscando sangriento placer.

Y no era esto solo la fiera venganza,
de imágenes tristes el pecho llenó,
y muerta por siempre la dulce esperanza
la flor de la vida su cáliz tronchó.

Hermano y hermana sin verse se miran,
sus pechos tan solo se sienten latir,
—Perdon y venganza sus lábios respiran
—Perdon y venganza se siente decir.

Mas nuevo embozado con frente arrugada,
brillando sus ojos cual rojo carbon
entró bajo el techo de aquella morada,
tambien murmurando:—¡Venganza y perdon!

Altivo avanzando quitó de la mano
del pálido Enriquez, agudo puñal,
mostrando su rostro doliente y anciano,
cubierto de angustia, de pena mortal.

Y al ver su presencia la pobre encerrada
—¡Perdon!—implorando la frente inclinó.
El viejo miróla con faz demudada,
Y un largo silencio de nuevo reinó.

Si de la vida el destino
es padecer y llorar,
y sufrir el torbellino
de que está lleno el camino
de este borrascoso mar;

Si las flores en su abril
han de perder su color,
sin que una brisa sutil
le dé en su halago gentil,
sobradas muestras de amor;

Si no hay cariñosa mano
que se tienda al desvalido
como un consuelo cercano,
y no hay corazón humano
que aliente al que está afligido;

Al menos háya esperanza,
exista la compasión;
que la nobleza se alcanza
no buscando la venganza,
si no legando el perdon.

Y aquel que en noche encantada
tu ciego amor maldiciendo,
porque flor inmaculada
fuiste por siempre manchada
color y aroma perdiendo;

Aquel que tu padre era
por tí arrojando la muerte

vengado de quien te hiriera
y á tu inocencia ofendiera,
viene á buscarte y á verte.

Viene el anciano infeliz
que en la tumba está tocando
á castigar tu deslíz,
ó hacerte acaso feliz,
tristes recuerdos borrando.

Que es un ángel de esperanza
para el pobre corazón,
y en los gemidos que lanza,
no se encuentra la venganza;
tan solo existe el perdon.

Con acento resignado
su torpe brazo estendiendo,
sobre aquel cuerpo encorbado,
por tanto dolor postrado,
estas quejas fué diciendo.

—Hija infeliz, á quien feroz destino
ajando tu esplendor y tu pureza,
ha manchado tu rostro peregrino,
con el negro baldon de la vileza.

Perdida flor de mis cansados dias,
rayo sin luz, de lágrimas torrente,
que ves pasar los enturbiados dias,
en tu historia fatal fija la mente,

Ángel fugado de mi tierno seno,
rico tesoro en tu dorada infancia,
¿Por qué bebiste el mortal veneno
que empañó tu inocencia y tu fragancia?

Cuando pura y brillante era tu frente
blanca como la aurora en la mañana,
de la virtud gozando el dulce ambiente,
de clara estirpe y de esplendor ufana,

Cuando con gozo y paternal anhelo,
lleno de amor mi acento te bendijo,
y al contemplarte tras impuro velo
prostituta de un moro te maldijo;

Cuando al perder el brillo de tu cuna,
encerrada despues en esta torre
juguete has sido de la cruel fortuna,
de una torpe ilusión, que el alma borre;

Alcance al fin tu misteriosa suerte
lo que á tu horrible amor por siempre cuadre
que antes que sufras por tu honor la muerte
justo es que escuches el dolor de un padre.

El viejo temblando, con voz balbuciente,
lanzando un suspiro que el aire estendió,
vertió una mirada fugaz y doliente
en torno de aquella que tanto adoró;

Y avanzando un paso, con calma profunda,
la mano en el seno do brilla un puñal,
la besa en los lábios, la faz moribunda,
de nuevo prosigue con voz funeral.

—Ya que el cielo hasta aquí me ha conducido,
escúchame infeliz. Tu padre soy;
y aunque mi pecho bárbara has herido
tu porvenir á revelarte voy.

No quiero yo tu sangre, desdichada.
¡Harto de sangre sin cesar me veo!
que al vengar tu virtud con mano airada,
verdugos fuimos del infame reo.
¡Escúchame infeliz! El hondo ultraje
que de tu alma la pureza,
fué de la tempestad rudo corage,
fué un huracan de indómita fiereza.
Ganando á Hedriz con seductor engaño,
supimos que á Sevilla fuera el moro,
y allí ¡por Dios! con iracundo daño,
su sangre rescató nuestro tesoro.
Venganza, si, la maldicion del cielo
cayó sobre tu amor... ¡ay desdichada!
que de esta torre, padron de desconsuelo
con tu nombre y tu historia está manchada.

Histérica risa de pronto brotando
del lábio agitado, con voz gutural,
la blanca criatura se fué levantando,
cual alzase un muerto del lecho fatal.

Los labios morados, las manos cruzadas,
tendido su pelo cual negro crespon,
brillaron oscuras sus huecas miradas,
de la negra en torno, siniestra prision.

Y al fin delirante febril y ardorosa
con hondos suspiros llamando á Al-Hamar
sin ver de su padre la faz magestuosa
estraños instintos la hicieron hablar.

—Perdon imploro si malvada he sido
fantasmas que turbais mi dulce sueño,
dejadme sepultada en el olvido,
sobre la tumba de mi hermoso dueño.
Padre y hermano, con piedad miradme.
No sé si sois visiones de mi mente...
No sé lo que sereis... mas perdonadme
que así mi pecho en su dolor lo siente.
—¡Silencio desdichada! El justo cielo
bien sabe que tu padre te perdona,
y que gana en su lento desconsuelo
la palma del martirio y la corona.
Ven, ya que así lo preparó el destino.
El mundo ante tus ojos se ha eclipsado;
un monasterio te abrirá camino
para encontrar un sepulcro sosegado.

—Si es una muerte pronta y solitaria
marchemos, padre mio, ¡cuánta ventura!
Dulce será mi postrimer plegaria,
y nadie ultrajará mi sepultura.

—Ese es tu porvenir; pero tu nombre
manchado con tan bárbara inclemencia,
necesita labarse, no te asombre,

en la fuente del llanto y penitencia.
Luego despues, morir. Y nunca suene
el horrible deslíz de tus amores,
porque en su seno venenoso tiene
un fuego abrasador para otras flores.
Hasta aqui mi furor. Ahora hija mia,
sigue en silencio mis calladas huellas
y por siempre abandona esta sombría
mansion, eco de tristisimas querellas.

Ven con tu padre, deshojada rosa
la que perdiste tu color ileso,
ya que no pueda perdonarte ¡hermosa!
recibe mi postrer y último beso.

Recíbelo infeliz, y de esta suerte
cúmplase el porvenir como lo intento,
A mi el dolor me arrastrará á la muerte.
La tumba para tí sera el convento.

.....
.....
Pasaron largos instantes,
todo en silencio quedó
en la torre misterosa;
de llanto y luto mansion.

Y entretanto
ronco el viento;
su cimientó.
estremeció.
Negras sombras
se aumentaban
que vagaban
en redor.
Un suspiro,
triste y blando,
fué llevando
el vendadal.
Era un eco
de venganza,
ó de esperanza
era señal.
Y á la nube,
que aun brillaba
y derramaba
blanca luz.
Dos corceles
se observaron
que cruzaron
al trasluz.

Hay quien dice que pálidas visiones
aborto de la nube eran los dos,
unos añaden fueron ilusiones;
y otros hablaron del poder de Dios.

Cada cual comentando á su manera
las escenas de noche tan fatal,

al tiempo en su fantástica carrera dejaron que explicara un hecho tal.

Solo en crónicas ruinas y empolvadas se dice que agitaba una muger en medio de las sombras enlutadas espresando su largo padecer.

Y cuentan que su grito misterioso un nombre no cesaba de invocar, y este nombre solemne y quejumbroso era el pasado nombre de AL-HAMAR.

(Se concluirá)

PRESENTE Y PORVENIR
DE
LOS PUEBLOS DE LA SIERRA.

Cuando en uno de los números anteriores prometimos dedicar varios artículos á denunciar los males que afligen á esta parte de la provincia, no tuvimos presente la índole especial de la *Revista* (dedicada principalmente á las ciencias y á la literatura) ni lo enojosas que son siempre las cuestiones de interés local.

Por eso hoy reflexionando mejor y no queriendo fatigar la atención de los lectores, creemos preferible concretarnos á hacer una reseña breve de los elementos de vida y de riqueza que cuenta este país, y de las mejoras que á nuestro juicio, debieran en él introducirse.

Todo el mundo sabe, así los naturales como los extraños, que el caudaloso río Guadalquivir divide en dos partes la hermosa y rica provincia que habitamos, que por la distinta naturaleza del terreno se han llamado Campiña y Sierra. Pero lo que sin duda no sabe todo el mundo, es que esta lejos de ser pobre y miserable, como algunos suponen, goza de un suelo fértil si montuoso, del que saca gran partido la industria de sus hijos.

La circunstancia de pertenecer nosotros al número de estos no impedirá que tratemos sin pasión, cuestión tan importante, pues á ello no nos mueve otro interés que el de ver feliz y próspera la tierra en que nacimos.

Hemos dicho que el terreno es montuoso en su mayor parte y fértil en todas y lo prueban sus ricos y variados pro-

ductos. Abundan, con efecto, en buenas aguas minerales, en minas de cobre, carbon y plomo, en canteras de mármol y jaspes y buena piedra de construcción, en árboles y arbustos, en frutas y granos y especialmente en garbanzos, de que surten á la capital, en miel, plantas medicinales y grana kermes que apenas se recolecta, en caza mayor y menor, vino y sobre todo en aceite mucho más estimado que el del resto de Andalucía, y cuya producción, respetable hoy se elevará considerablemente el día en que las nuevas numerosas plantaciones empiecen á fructificar: hay además mucho ganado cabrio, lanar y de cerda, á pesar de haber decaído bastante su grangería. Si á esta ligera enumeración se añade que sus habitantes son activos, inteligentes y laboriosos, que se dedican con placer y hasta con afán á sus ocupaciones, siempre útiles y lícitas (por más que otra cosa aseveren los detractores de este país) ¿Habrá quién le apellide todavía *esterilizado* y pobre?

Si somos los primeros en reconocer la bondad y riqueza de este suelo, no seremos ciertamente los que crean que no pueda aumentarse su producción perfeccionando los sistemas de cultivo, que no pueda facilitarse el desarrollo de su comercio é industria, que no sea fácil en fin, hacer más próspero y cierto el porvenir de estos pueblos. Por el contrario, abrigamos la convicción de que todo aquí abajo es perfectible; creemos ciegamente que la rémora que se opone á la lenta pero progresiva marcha de los pueblos, desaparecerá; y vemos próximo el día en que la humanidad, disipados los errores que han esparcido en el mundo la preocupación y la ignorancia, atenderá preferente á mejorar la varia condición de su pristina existencia.

Por eso si hacemos constar la propiedad fecundante de este suelo, queremos también que los pueblos y la administración cooperen de consumo al planteamiento de las reformas que la necesidad y el espíritu de la época imperiosamente reclaman; queremos que este país tan olvidado y tan calumniado á veces empiece á sentir el influjo de los modernos adelantos; queremos ver atendida por el gobierno la cuestión de los ferro-carriles que han de cruzarle, y que llevarán por todo los tesoros que guarda en sus entrañas; queremos que se faciliten las comu-

nicaciones entre sus pueblos, y que halla fácil salida para sus variados productos, queremos que los hombres que se hallan á su frente, sus hijos todos de posición y de valía, patrocinen y promuevan su *industria*, su agricultura y su comercio, y aconsejamos por último, á los que por un capricho de la mudable fortuna rijan sin deber los destinos de estos pueblos, que se retiren prudentes de la azarosa vida pública porque su permanencia en el palenque de la política es un cruel sarcasmo y una horrible afrenta hecha á la moralidad y á las costumbres.

Cuales sean las mejoras mas transcendentales y mas útiles que deban plantearse, todos las conocen ó las saben, y por lo mismo solo á la ligera nos ocuparemos en reseñarlas. Primeramente creemos que su población es muy escasa relativamente á la extensión de esta parte de la provincia, y que es necesario, por consiguiente, emprender la grande obra de colonización de Sierra Morena, ensayada con fortuna por el gran Carlos III. En segundo lugar débense abrir caminos vecinales para facilitar las relaciones entre los pueblos, pues hoy, ni fácil ni cómodo es trasladarse á punto alguno, principalmente de la Sierra, donde radican las plantaciones de olivos que hacen de esta población una de las principales y mas ricas de la provincia toda. En igual estado de abandono está el artículo de puentes y calzadas: los rios Guadamellato, Cuzna, Guadalvarbo y Guadiato, el de las Yeguas, y los de Zujaz y Guadalmez, que cruzan los caminos de los plantios de la sierra y los de Andalucía, Extremadura y la Mancha, están desprovistos de aquellos, y esta falta hace muy frecuentes en ellos las desgracias. La carretera que ha de enlazar á Córdoba con Almadén se ha casi completamente olvidado: nosotros podríamos tratar hoy estensamente esta cuestión, pero las dimensiones de este artículo y la circunstancia de haber sido ya tratada por persona mas competente que nosotros, y á cuyos cargos, entre paréntesis, nada se ha podido contestar, nos impide ocuparnos de ella con algun detenimiento. Diremos, no obstante de paso, que los trabajos sufren frecuentes paralizaciones, y que se la piensa dar una dirección desacertada, porque el proyecto es hacerla pasar por los pequeños pueblos de Villaralto, La Lancha ó Villanueva del

Duque, en vez de ser por Pozoblanco, que es el mas importante por su población y su riqueza y que por su situación en el mas céntrico punto, puede considerarse como la capital de la sierra. Otro tanto diremos del ferro-carril ó tranwhay, que partiendo de Belméz empalme con la gran línea de Andalucía. Se han hecho de él cuatro estudios, y aun se ignora cuando se emprenderá su construcción, tan ventajosa á nuestra industria y comercio y de tan vital interés para nuestra marina.

Colonizando, pues, este importante aunque olvidado rincón de Andalucía; construyendo puentes y caminos de que ciertamente carece; continuando con vigoroso impulso y dirigiéndolo acertadamente la carretera de Córdoba á Almadén: y poniendo en ejecución el proyecto del ferro-carril de Córdoba á Belméz, se habrá dado un gran paso, y habrán ocupado los pueblos de la sierra el lugar que les corresponde por su situación y envidiable fertilidad de su suelo. La explotación de las minas carboníferas de Espiel, de Belméz y Villaharta se hará en mayor escala por la mas fácil salida de los carbones. Los frutos y en especial el aceite, que tanto abunda y tan apreciado es, podrán llevarse á los grandes centros de consumo con beneficio del agricultor y propietario. Se estimulará la perfección de los sistemas de cultivo. Se mejorará el estado de los montes por la posible extracción de las maderas. Y todos los productos de la industria y en especial los paños y bayetas de las fábricas de este pueblo, se multiplicarán y perfeccionarán porque los trasportes no serán ni tan difíciles, ni tan costosos.

Nada mas añadiremos, pues habria necesidad de examinar el estado y circunstancias de los pueblos de este y demas distritos vecinos, tarea que no creemos ni hacedora ni útil. Solo de Pozoblanco, nuestra patria, la de nuestra familia y amigos y la de aquellas personas que nos son mas caras, diremos que se hace ya preciso plantear las reformas que la necesidad reclama. Presumimos que los hombres puestos al frente de su administración oirán nuestro humilde ruego, aunque les digamos que no procuran conseguir del Gobierno la adquisición de las vertientes del Guadalmez, pertenecientes hoy á Almodovar del Campo que no las utiliza, y que tendria inestimable valor

para nosotros; que descuidan el empedrado de las calles y la limpieza pública; que no se interesan en que la obra de la iglesia se termine; que no tratan de la construcción de un nuevo cementerio en sitio competente, como lo exigen las pésimas condiciones del que hoy existe; que no proyectan la traslación del matadero, que contra las reglas de la pública higiene, continúa en el centro de la villa, que no intentan la construcción de un paseo, tan necesario para el comun recreo y esparcimiento; que dejan en censurable olvido la instrucción pública, hasta el punto de permitir que uno de los profesores nombrados para este pueblo, esté hace ya más de seis meses sin ejercer un cargo por la carencia de menaje y material; que no se promueven en fin, mil y una mejoras que no enumeraremos por que nos excederíamos de los límites que nos hemos trazado en el presente artículo. Por todo lo demás, y si esto no se considera, la administración que nos rige es benéfica y paternal.

P MUÑOZ DE SEPULVEDA.

14 de Julio 1860.

MISCELÁNEA.

Nuevo triunfo de la homeopatía.—Una niña de trece meses, completamente desahuciada, acaba de ser arrebataada á la muerte por el señor don Gabriel Fernandez. La circunstancia de la enfermedad que hemos seguido paso á paso, y lo rápido de la cura que hemos presenciado nos mueven á estampar aquí un sentimiento de gratitud y admiración. Reciba pues nuestra mas cordial enhorabuena el entendido facultativo D. Gabriel Fernandez.

Dentro de pocos dias tendremos el gusto de ver en Córdoba al bizarro teniente general D. Genaro Quesada, nombrado recientemente Capitan general de Andalucía.

Segun parece el señor Gobernador de esta provincia, animado de un celo digno del mayor elogio, se dispone á marchar á la Villa de Puente Genil, en la que el cólera continúa haciendo grandes estragos. Si nuestra primera autoridad no tuviera ya otros títulos que la hacen acreedora al reconocimiento y afecto de sus administrados, este nuevo hecho bastaria por si solo para conquistarselo.

Una extraordinaria concurrencia asistió el día 16 á la reunion del Sr. Conde de Corres-Cabrera entre la que tuvimos el gusto de ver muchos jóvenes de los que vienen á descansar en sus casas durante el verano de las tareas literarias del invierno. En ella se discutió ámpliamente el reglamento para el Ateneo que se trata de organizar, quedando definitivamente aprobado y formada la sociedad que habrá de sostener tan útil y provechoso establecimiento.

Se leyeron lindisimas composiciones de los Sres. Baron de Fuente de Quinto, Garcia Lovera (D. Rafael) Alarcon y Melendez.

Se otorgaron premios por trabajos presentados para el *certámen* de que ya tienen conocimiento nuestros lectores á los Sres. D. Fernando Amor y Conde de Torres-Cabrera y sacó de la urna dos temas en Geología y Botánica el Sr. D. Zoilo Espejo.

Solucion de las cuatro charadas relativas.

- 1.ª CABALLO.
- 2.ª CABALLERO.
- 3.ª CABALLERIZA.
- 4.ª ALMOHAZA.

CHARADA.

Digo un nombre de muger
con cuatro silabas solas
siendo la primera y cuarta
parte del mundo preciosa,
Primera y segunda unidas.
Pontífice antiguo nombran;
y la primera y tercera
voz es de un verbo, cuya obra
á veces aguanta el triste
á quien en desierto roban.

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ.

CORDOBA. - 1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena.